

**Juan
Mata**



**CASAS
LECTORAS**

Casas lectoras

Juan Mata

Fundación Germán
Sánchez Ruipérez

Luis González: coordinador de la colección
Mariángeles Fernández: edición
Jorge Bermejo: maquetación y producción

La publicación de esta obra es exclusiva de Lectyo.com hasta el 15 de julio de 2015.



Obra bajo licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-No derivados 2.5 España:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.es>

Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Usted puede hacer uso libremente de la obra en los términos indicados en la citadalicencia. Todos los demás derechos reservados.

Sobre Juan Mata

Juan Mata es profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Granada. Entre otros libros, ha publicado *Como mirar a la luna: confesiones a una maestra sobre la formación del lector*, *10 Ideas clave Animación a la lectura* y *El rastro de la voz y otras celebraciones de la lectura*. Asimismo ha sido un colaborador clave en el análisis de las conclusiones de cada una de las fases de la investigación sobre la lectura digital —Territorio Ebook— desarrollada por la FGSR desde 2009.

Cuando se habla de familias lectoras se tiende a pensar en un modelo idealizado y uniforme de familia, lo cual es tan impreciso como ilusorio. Los hogares son tan heterogéneos como la idiosincrasia de las personas que los constituyen y las circunstancias económicas o culturales en las que viven. A menudo muchos discursos y programas sobre la lectura tienden a ignorar las condiciones reales en las que crecen tantos y tantos niños. No basta con defender la participación de las familias en el estímulo de la lectura. Es necesario tener en cuenta la diversidad de familias y hogares, sus distintas experiencias y aspiraciones, pues eso evitaría incurrir en vaguedades o torpezas y ayudaría a saber qué se debe proponer y qué se puede esperar. No obstante, al referirnos a familias o casas lectoras estamos pensando en hogares donde hay niños o jóvenes en edad escolar, pues son ellos, aun cuando no se diga de modo explícito, los principales destinatarios de todas las actividades que tratan de alentar el deseo de leer. Hablamos de casas lectoras con la confianza de iniciar un proceso de acercamiento temprano y afectivo a los libros. Y sabemos que, como ocurre con cualquier afición o vocación, es más probable que prenda ese deseo si se crece entre libros que si se hace en un entorno carente de referencias o prácticas lectoras.

Cuando un niño nace llega a un espacio humano y físico desconocido. No solo lo acogen manos y rostros, sonidos, olores, colores y sabores que debe ir identificando e incorporando a su memoria, sino también palabras que debe aprender poco a poco para relacionarse con la comunidad que lo alberga, para nombrar el mundo que lo rodea, para expresar lo que piensa y lo que siente.

Enseñar a hablar a un niño es una de las tareas más gratas y conmovedoras a las que puede entregarse un adulto. Por lo general, todas las familias logran realizar bien esa tarea, gracias sobre todo a la predisposición genética del cerebro infantil para realizar ese aprendizaje. Sin embargo, no todos los niños crecen con el mismo bagaje de experiencias lingüísticas. Las diferencias entre unos y otros pueden ser enormes. Y esas desigualdades marcan su posterior trayectoria escolar. Cuando hablamos de lectura y familia, o de casas lectoras, no deberíamos perder de vista esa realidad, pues nos ayudará a entender mejor por qué se pide la implicación de las familias en la promoción de la lectura.

A propósito de las desigualdades en relación con el lenguaje, el sociolingüista Basil Bernstein[1] habló de *código elaborado*, que utiliza una amplia gama de registros lingüísticos y es el dominante en la escuela, y de *código*

“Un modelo idealizado y uniforme de familia es tan impreciso como ilusorio”

“No todos los niños crecen con el mismo bagaje de experiencias lingüísticas”

“No hay que perder de vista esa realidad para comprender por qué se pide la implicación de las familias en la promoción de la lectura”

[1] Basil Bernstein, *Clases, códigos y control, I*, Madrid, Akal, 1989.

restringido, que está ligado a contextos sociales y culturales específicos y no posee la complejidad del anterior. Ambos códigos lingüísticos afectan al léxico, las estructuras sintácticas, los modos de hablar, las expresiones verbales y no verbales..., y marcan una clara relación entre el lenguaje y la pertenencia a grupos sociales. Las diferencias en el uso de los códigos no son debidas a carencias intelectivas sino a circunstancias culturales y repercuten en el rendimiento escolar. Por su parte, el sociólogo Pierre Bourdieu[2] habló de 'capital cultural' a propósito de los bienes no materiales ni monetarios, sino medibles en conocimientos, experiencias artísticas, bienes culturales, habilidades y actitudes, referencias, títulos académicos, etcétera, que posibilitan ocupar puestos relevantes en la sociedad. El éxito en la escuela depende en gran medida de ese capital cultural, heredado o adquirido, así como de la propensión a invertir en los beneficios que proporciona el sistema escolar.

Hay niños, pues, que desde pequeños están recibiendo estímulos lingüísticos y participan en numerosas actividades de carácter artístico, y otros, en cambio, a los que cuesta más entrar en los complejos dominios de la lengua y permanecen ajenos a experiencias culturales diferentes a las de su limitado ámbito social. Los primeros siempre tendrán más posibilidades de rendir mejor en la escuela que los segundos.

¿Deben considerarse esas desventajas una fatalidad, una condena irremediable? No. Justamente porque sabemos que es posible contrarrestarlas se busca comprometer a las familias en la promoción temprana de la lectura.

Podría objetarse que la escuela es la principal responsable de solucionar esas desigualdades. Y, en cierto modo, es verdad, aunque no del todo. La educación pública surgió precisamente como un factor de equilibrio y reparación. Y cuando se habla de equidad es en esa clase de compensaciones en las que deberíamos pensar. La escuela, sin embargo, no puede lograrlo todo, por muy frustrante que sea ese reconocimiento. Aceptar la necesidad del compromiso de las familias para superar las rémoras que dificultan el progreso escolar es primordial. Solo así podremos darle sentido a su colaboración. Desde hace tiempo se sabe, por ejemplo, que hay una estrecha relación entre la calidad de las conversaciones entre adultos y niños así como la lectura en común de relatos en la primera infancia y el buen aprendizaje de la lectura y la escritura[3], y asimismo que los niños que han participado en sus primeros años en juegos de lenguaje –fragmentar palabras, alterar el orden de las sílabas, señalar semejanzas y diferencias sonoras...– están mejor preparados para aprender a leer y escribir bien que otros que apenas tuvieron esa oportunidad[4]. Los resultados de los informes PISA y PIRLS constatan a su vez que el número de libros en casa y la lectura por gusto son factores que inciden positivamente en el rendimiento académico y la comprensión de textos[5].

En ese sentido, la alfabetización, que es un aprendizaje complejo que modifica profundamente el cerebro en los primeros años de vida, puede ser favorecida por medio de actividades sencillas, pero sumamente eficaces: hojear libros, escuchar cuentos leídos por otros, jugar con las palabras y los sonidos, buscar rimas, aprender retahílas y poemas, cantar, conversar... Y esas

“Las diferencias en el uso de los códigos lingüísticos no se deben a carencias intelectivas sino a circunstancias culturales y repercuten en el rendimiento escolar”

“El éxito de la escuela depende en gran medida del capital cultural”

“Hay una estrecha relación entre la calidad de las conversaciones entre adultos y niños y la lectura de relatos en la primera infancia y el buen aprendizaje de la lectura y la escritura”

[2] Pierr Bourdieu, *Poder, Derecho y Clases Sociales*, Bilbao, Desclée de Bouver, 1983.

[3] Gordon Wells, *Aprender a leer y escribir*, Barcelona, Laia, 1988.

[4] Peter Bryant y Lynette Bradley, *Problemas infantiles de lectura*, Madrid, Alianza, 1998.

[5] PISA 2012, *Informe español*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2013; PIRLS-TIMSS 2011, *Informe español*, Madrid, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2012.

actividades pueden y deben suceder en el hogar, pueden formar parte de los hábitos familiares.

Hay diversas maneras de constituir una casa lectora. La más elemental es disponer de libros (hablo especialmente de libros porque sé que aun hoy y por mucho tiempo serán el soporte predominante de lectura en muchos hogares). No basta sin embargo con su mera presencia. Es preciso percibirlos cercanos y accesibles, darles un sentido. No en todos los hogares, sin embargo, es posible tenerlos. Hay que tener en cuenta las precariedades económicas y materiales en las que viven tantas familias en nuestro país. Las bibliotecas escolares y públicas pueden sin embargo mitigar esa carencia. Una familia lectora, un hogar lector, establece vínculos con los lugares donde hay libros y los prestan. La lectura en casa no debería entenderse exclusivamente como posesión y uso privado de libros. Los libros públicos y compartidos también cumplen esa función alentadora.

Para llegar a ser lectores ellos mismos, los niños necesitan tener referentes lectores, modelos que imitar. Los adultos pueden ser esos modelos. No hay garantía de que suceda, pero es muy probable que los niños quieran también leer si ven cómo lo hacen sus padres, sus hermanos, sus abuelos o las personas de su entorno familiar. Leer ante los niños, mostrarse como lectores, es un modo elemental de ofrecerles una imagen atrayente de la lectura. Además de placer personal, leer en silencio ante los que empiezan a descubrir el mundo provoca un beneficio no menos importante: servir de ejemplo y estímulo.

La antropóloga francesa Michèle Petit recuerda a sus padres así:

Su vida transcurría entre libros, que estaban por toda la casa. Aunque mi padre no tuviera dinero, siempre lo vi con un librito en el bolsillo y dos periódicos en el otro. Le oí hablar en el radio de escritores que le gustaban. Y siempre vi a mi madre en la mesa del comedor, llenando de su puño y letra unas hojas amarillentas, escribiendo historias para otros[6].

Y el químico y escritor italiano Primo Levi ratifica:

He leído mucho porque pertenezco a una familia en la que leer era un vicio inocente y tradicional, un hábito gratificante, una gimnasia mental, un modo obligatorio y compulsivo de rellenar los tiempos muertos, y una especie de *fata morgana* en la dirección de la sabiduría. Mi padre siempre estaba leyendo tres libros a la vez: leía «estando en casa, andando por la calle, al acostarse y al levantarse» (Deut. 6.7); y encargaba al sastre chaquetas con bolsillos grandes y profundos, en los que cupieran los libros. Tenía dos hermanos igualmente ávidos de lecturas indiscriminadas; los tres (un ingeniero, un médico, un agente de bolsa) se apreciaban mucho, aunque solían robarse libros de las bibliotecas respectivas. Estos hurtos siempre se recriminaban a título formal, pero se aceptaban deportivamente. Como si hubiera una regla no escrita según la cual aquel que desea verdaderamente un libro es digno de apropiárselo. Por ello mi juventud transcurrió en un ambiente saturado de papel impreso, y en el que los libros escolares se hallaban en franca minoría[7].

“Hay diversas maneras de construir una casa lectora. La más elemental es disponer de libros”

“Leer ante los niños, mostrarse como lectores, es un modo elemental de ofrecerles una imagen atrayente de la lectura”

“Aquel que desea verdaderamente un libro es digno de apropiárselo. Primo Levi”

[6] Michèle Petit, *Una infancia en el país de los libros*, Barcelona, Océano, 2008.

[7] Primo Levi, *La búsqueda de las raíces*, Barcelona, El Aleph, 2004.

Aunque no solo los padres actúan como acicate del gusto de sus hijos. Puede ocurrir al contrario y ser el ejemplo de los más jóvenes el que sirva a los mayores. El escritor mexicano José Agustín confirma la importancia de crecer en un ambiente lector para sentir deseo de leer:

Si no es fundamental, sí es al menos una gran ayuda, porque no es lo mismo estar en un contexto donde la gente prácticamente no lee y no hay libros, a estarlo donde sí los hay y donde los lectores te ponen el ejemplo. Curiosamente, mi papá no era un gran lector; más bien nosotros, con el tiempo, lo volvimos un gran lector. Yo me hice lector más por el impulso de mis hermanos que por el de mi papá. Pero mis hijos, que sí crecieron en un ambiente lleno de libros y donde la lectura es una cosa de lo más común, desde pequeños traen formidables lecturas. Esto se debió, sin duda, a que el contexto en ese sentido les fue siempre muy favorable[8].

En todos los casos, sean quienes sean los lectores que ejerzan la influencia, es indudable que crecer junto a lectores favorece el deseo de leer.

Ocurre sin embargo que muchos padres no pueden a menudo ofrecerse como modelos, pues ellos mismos no son lectores habituales o apenas tuvieron contacto con la lectura durante su período de formación. Aun así no deberían desentenderse de esa labor. Uno puede no ser lector para sí pero puede actuar como lector para otros. Hay muchos adultos que no han consolidado esa costumbre, pero saben leer y pueden por tanto practicar esa habilidad con otros.

Leer en voz alta a los niños desde su nacimiento reporta beneficios indudables. Es la mejor manera de involucrarlos en el conocimiento y aprecio de los textos escritos: los introduce de un modo afectuoso en las cualidades de la lengua materna; estimula y desarrolla su lenguaje, es decir, los prepara para un mejor desempeño escolar; les hace entender las diferencias entre el lenguaje hablado y el lenguaje escrito, aspecto clave para el posterior aprendizaje de la lectura y la escritura; los ayuda a desarrollar su vocabulario, al ser expuestos a palabras y expresiones nuevas, más complejas y significativas que las que escucha a diario; amplía sus conocimientos sobre el funcionamiento sintáctico y semántico de la lengua materna; les descubre la forma de las letras y su pronunciación cuando a la par que escuchan las historias van observando su procedencia y su disposición en las páginas; les desvela sutilmente los mecanismos de la lectura, los significados de los textos, las maneras de leer. Es decir, la lectura en voz alta contribuye a una alfabetización pausada, segura, emotiva, haciendo de los libros instrumentos vivos, deseables.

La lectura en voz alta pone asimismo a los niños en contacto con el lenguaje poético, más sutil y evocador que el lenguaje ordinario; los ayuda a narrar su propia vida, imitando las narraciones de los cuentos; asienta los cimientos para una futura lectura por placer al asociar los libros con momentos de alegría, sorpresa, confianza, gratitud... Fortalece, en fin, los vínculos afectivos entre adultos y niños, pues permite compartir pensamientos, recuerdos, emociones, proyectos.

La lectura en voz alta afecta, pues, al campo cognitivo tanto como al campo emocional, al fin y al cabo inseparables.

“Es indudable que crecer junto a lectores favorece el deseo de leer”

“La lectura en voz alta contribuye a una alfabetización pausada, segura, emotiva, haciendo de los libros instrumentos vivos, deseables”

“La lectura en voz alta afecta al campo cognitivo tanto como al campo emocional, al fin y al cabo inseparables”

[8] José Agustín, en Juan Domingo Argüelles (ed.), *Historias de lecturas y lectores. Los caminos de los que sí leen*, México D.F., Océano, 2014.

A propósito de esos aprendizajes, la profesora e investigadora Maryanne Wolf hace una sutil afirmación.

Imagínense la siguiente escena. Un niño pequeño está sentado, embelesado, en el regazo de un adulto querido, escuchando palabras que se mueven como el agua, palabras que hablan de hadas, dragones y gigantes de lugares lejanos e imaginativos. El cerebro del niño pequeño se prepara para leer bastante antes de lo que uno jamás sospecharía, y utiliza para ello casi toda la materia prima de la primera infancia, cada imagen, cada concepto y cada palabra. Y lo hace aprendiendo a utilizar todas las estructuras importantes que constituirán el sistema de lectura universal del cerebro. A lo largo del proceso, el niño incorpora al lenguaje escrito muchos de los descubrimientos realizados por nuestra especie, avanza tras avance decisivo, durante más de 2.000 años de historia. Y todo empieza en la comodidad del regazo de un ser querido[9].

Para Maryanne Wolf, como para otros muchos investigadores, el tiempo que un niño pasa escuchando leer a otros en voz alta puede predecir con bastante exactitud el nivel de lectura que alcanzará años después, de manera que puede haber niños que a la misma edad, y frente a los mismos desafíos escolares, muestren desmesuradas e injustas diferencias.

En esa evidencia tienen su origen iniciativas de instituciones y organismos como Reach Out and Read, Nati per leggere o Ler + dá saúde, que desde el ámbito de la pediatría tratan de implicar en la lectura en voz alta a las familias cuyos miembros más jóvenes están en riesgo de sufrir retrasos o fracasos en la escuela, o Bookstart, Born to Read, Read aloud 15 minutes o A.C.C.E.S. (Actions Culturelles Contre les Exclusions et les Ségrégations), que tienen en el fomento de la lectura temprana uno de sus objetivos capitales.

Añadiría que más importante aún que leer ante los hijos o leer a los hijos es leer con los hijos. Eso supone ir más allá de actuar como modelo o cumplir un mero trámite lector. Supone involucrarse en las lecturas de los niños, tanto las que se les ofrecen como las que realizan por sí mismos, interesarse de veras por sus efectos, hablar sobre ellas y, sobre todo, a partir de ellas. De ese modo la lectura aparecerá como una actividad realmente compartida, significativa. Esa responsabilidad no es exclusiva de los padres, sino que concierne a todos los miembros de la familia. No exige tampoco una secuencia única y monótona. Un hermano mayor leyendo a uno más pequeño, aunque solo sea para demostrar sus habilidades, como gustan hacer, es un gesto de enorme valor, como lo es que una abuela lea a los nietos como una forma de relacionarse con ellos o que unos tíos regalen libros en determinadas fechas. En todos esos casos la lectura aparece ligada a manifestaciones de afecto y complicidad. Y ese es quizá el sentido principal de las lecturas compartidas: mostrar que los libros sirven para vincular, para cooperar.

Las lecturas no tienen por qué fluir en una única dirección, de adultos a niños. También los niños, aun con sus titubeos, pueden leer a los demás. Leer a otros es para ellos un motivo de satisfacción y afianzamiento. Hacerlo en el hogar es distinto a hacerlo en el aula, donde están sometidos al juicio o la evaluación del profesor o los compañeros. Ese temor, que altera a menudo el modo de leer, desaparece en el hogar, donde pueden leer con la seguridad de una complaciente recepción. Habría que alentar esas lecturas en voz alta

“El aprendizaje comienza en la comodidad del regazo de un ser querido. Maryanne Wolf”

“Más importante aún que leer ante los hijos o leer a los hijos es leer con los hijos”

“Las lecturas no tienen por qué fluir en una única dirección, de adultos a niños. También los niños, aun con sus titubeos, pueden leer a los demás”

[9] Maryanne Wolf, *Cómo aprendemos a leer*, Barcelona, Ediciones B, 2008.

de los propios niños, escucharlas con atención, celebrarlas. Es una forma de ayudarles a tomar conciencia de que también ellos son buenos lectores.

Son numerosos los testimonios de ese placer. Reproducimos aquí el del escritor José María Merino, que dedica el capítulo XXXVII de su libro *Intramuros* a los recuerdos infantiles de esas lecturas en voz alta.

A veces, en la sobremesa de un día festivo, o en vacaciones, tu padre te hace leer en voz alta una poesía, o un cuento. Tu hermano es muy pequeño y está jugando en la cama turca con un rompecabezas, y vosotros tres estáis sentados alrededor de la mesa camilla. En la pared de enfrente hay varios escalones de tablas que sirven de soporte a unos tiestos que ponen en la galería un aire jardinero.

Tu padre pide que leas una poesía en gallego y tú, torpe lector, vas recitando esas palabras cuyo significado apenas intuyes.

Cando vos oio tocar, campañiñas campañiñas, sin querer torno a chorar.

Por muy confusamente que suenen en tu boca, las palabras despiertan la melancolía materna. Tu madre suspira, y tú descubres como un tesoro esa señal de aflicción y de nostalgia, maravillado de que la simple lectura de unas palabras escritas sea capaz de suscitarla[10].

Ese asombro ante el poder evocador de las palabras, activadas gracias a su lectura, perdurará en la memoria de José María Merino como un don de su infancia, como 'una de las señales indelebles de lo familiar', tal como afirma al final del capítulo.

Una casa lectora es, pues, una casa habitada por múltiples voces de lectores.

Hay algo que las familias pueden ofrecer que, tal vez, ni la escuela ni otros espacios sociales lo logren de la misma manera. Me refiero a la huella emocional.

Me parece que las defensas a favor de la implicación de las familias olvidan a menudo ese elemento que a mí se me antoja principal. Como se ha dicho anteriormente, las repercusiones positivas de la lectura temprana en el desarrollo intelectual de los niños son indudables. Y en esa tarea la contribución de la familia es muy valiosa. Sin embargo, hay un elemento que se deriva de esa actividad que, aun no teniendo una relación directa en ese desarrollo, afecta a facetas muy importantes de la vida de los niños. Cuando una madre o un padre se sientan al borde de la cama o en un sofá y leen a sus hijos un libro están haciendo de la lectura una singular manera de relacionarse con ellos (lo mismo vale decir para hermanos, abuelos, tíos u otros miembros de la familia). En esos momentos, aunque los beneficios cognitivos sean relevantes, lo más significativo es el vínculo sentimental. Cuando padres y madres se manifiestan como seres sintientes a través de los cuentos, cuando los hijos expresan a su vez sus propios sentimientos mientras preguntan o comentan las peripecias de las historias, se produce una situación aleccionadora: padres e hijos participando en una actividad íntima, apacible, grata, conversacional, en la que las emociones tienen un especial protagonismo, y cuyo desarrollo sería quizá más arduo sin la intermediación de los libros.

En cierta ocasión escuché a una madre que participaba en un proyecto de lectura en voz alta una afirmación reveladora. Decía que cuando leía libros a sus hijos la miraban de otra manera, la veían diferente. Su sorpresa era que la visión que de ella podían tener como madre cambiaba cuando se sentaban

“Una casa lectora es una casa habitada por múltiples voces de lectores”

“Cuando los padres o madres leen a sus hijos aunque los beneficios cognitivos sean relevantes, lo más significativo es el vínculo sentimental”

“Una madre contó que cuando leía libros a sus hijos la miraban de otra manera, la veían diferente”

[10] José María Merino, *Intramuros*, León, Edilesa, 1998.

juntos a leer libros. Entonces ya no era la madre gruñona, atareada, impaciente que les ordenaba, les obligaba, les prescribía, sino la madre serena, confidencial, afable, que les leía con una voz distinta historias apasionantes y luego abría su intimidad y su memoria a las curiosidades de sus hijos, a la vez que se interesaba vivamente por lo que ellos pensaban y sentían. Ese vínculo lo favorece el lenguaje poético, cuya naturaleza y estructura permiten abordar cuestiones que a menudo no es posible lograr con el lenguaje ordinario, fáctico. Los niños tienen derecho a crecer con ese lenguaje y, en ese sentido, el hogar debería ser el ámbito primigenio.

La carta que Fernando Savater dedica su madre, ya enferma de Alzheimer, en su libro de memorias *Mira por dónde*, y que ocupa el capítulo 3, significativamente titulado “Lo que te debo”, contiene recuerdos que pueden ser un buen testimonio del poder afectuoso de la voz, de la huella emocional que las palabras de los libros pueden dejar cuando llegan a través de una persona querida.

Tu voz precisa y entonada de lectora, la que yo más he amado, es la última que aún se resiste a abandonarte. Ninguna madre tiene derecho a quejarse de que sus hijos nunca lean o lean a regañadientes si ella no ha sido capaz de leerles de vez en cuando como tú me leías a mí... incluso mucho después de que supiese ya leer perfectamente, sólo por darme gusto. No hay cosa que más deteste ahora que verme obligado a soportar una lectura de poemas o un capítulo de novela balbuceado con narcisismo incompetente por su autor o una conferencia leída (que frente a una espontáneamente recitada es algo así como alimentarse con guisos enlatados en lugar de tomar alimentos frescos): pero si tú aún pudieras leer para mí cuentos de hadas o historias de animales que hablan, me acostaría a escucharte como cuando tenía fiebre. Para siempre[11].

Ese homenaje a una madre concreta podría extenderse a todas las personas que cumplen ese papel primordial.

¿Y cómo se vive ese gesto desde el otro lado, desde la conciencia de quienes leen a los niños? Las evocaciones de Santiago Alba Rico pueden ayudarnos a comprenderlo mejor.

Sé cuánto he disfrutado con mis relatos y lecturas en voz alta, mientras mis niños, sobre mis piernas o pegados a mis costillas, me escuchaban ronroneantes de fascinación e ignoro hasta qué punto los efectos inconmensurables de estas audiciones serán todos deseables, pero si aceptamos que sirven para algo más –¡algo más!– que para pasar un buen rato *juntos*, si contienen una virtud pedagógica añadida a la de esta complicidad corporal, igualmente alcanzable con un balón o una batalla encima de la cama, entonces se me ocurren dos efectos colaterales no desdeñables: leer con niños sirve, sí, para romper, al mismo tiempo, la lógica de la digestión y la lógica de la lectura[12].

Cuando Santiago Alba Rico habla de la lógica de la digestión se está refiriendo a la lógica impuesta por el consumo, la aceleración, la privacidad, la inmediatez, que no tolera un poco de calma, de silencio, de atención, de escucha, que son precisamente las cualidades del relato. Para Santiago Alba Rico leer o contar historias a los niños significa *darles tiempo*, regalarles el tiempo lento de la narración frente a las reclamaciones urgentes del entorno. Esa experiencia de leer a los niños antes de que aprendan a leer, pero también

“Ese vínculo lo favorece el lenguaje poético, cuya naturaleza y estructura permiten abordar cuestiones que a menudo no es posible lograr con el lenguaje ordinario”

“Leer con niños sirve, sí, para romper, al mismo tiempo, la lógica de la digestión y la lógica de la lectura. Santiago Alba Rico”

[11] Fernando Savater, *Mira por dónde*, Madrid, Taurus, 2003.

[12] Santiago Alba Rico, *Leer con niños*, Madrid, Caballo de Troya, 2007.

cuando ya han aprendido, es una forma de resistir a la soledad que impone saber leer, poder leer ya sin la ayuda de otros. Frente a la lógica de la lectura, una actividad progresivamente más autónoma, que tiende al aislamiento y al narcisismo lector, la lectura compartida, la lectura en voz alta de un padre a sus hijos, por ejemplo, significa aún la posibilidad de habilitar un espacio común, de hablar juntos sobre los mundos del texto, de arraigar la ficción en la realidad. Realizar esos tránsitos de la narración al mundo real, y viceversa, a través de la palabra concierne a la idea misma de educación y va más allá de la simple consideración de la lectura en familia como un acto orientado a la alfabetización o el éxito escolar.

Una casa lectora es una casa donde el lenguaje de las narraciones, la imaginación, la poesía, las fantasías... forma parte de la vida cotidiana. Al hablar de 'casas lectoras' se está dando relevancia no solo a un espacio físico, sino también a un espacio sentimental, a una actitud ante los seres humanos y el mundo.

No todas las experiencias lectoras tienen que suceder necesariamente en el interior del hogar. Una casa lectora no debería limitarse a actividades privadas de lectura. También en el exterior pueden tener lugar esas experiencias. Cuando madres o padres participan junto a sus hijos en un club de lectura en el colegio o la biblioteca pública, como sucede a menudo, están afianzando un hogar lector, aunque las lecturas se hagan a centenares de metros de donde habitan. En esos casos, el espacio de lectura cambia, se escuchan otras voces, se conversa con otros lectores, pero lo sustancial permanece. Leer y hablar *fuera* refuerza y da más sentido a lo que se hace *dentro*.

Y lo mismo ocurre si solo son las madres o los padres quienes participan en un club de lectura o una tertulia literaria. Aunque sean ellos los que específicamente disfruten con las lecturas compartidas, la repercusión en el hogar es indudable, pues la actitud hacia los libros, las conversaciones, las referencias culturales se ven afectadas. Indirectamente, los hijos también se ven favorecidos por las actividades lectoras de sus padres lejos de casa.

Hay muchas familias que, aun deseándolo, no sabrían cómo actuar con los libros ni por qué. Una propaganda insistente en ese sentido, aunque bienintencionada, puede causar incomodidad o frustración. Incluso rechazo, pues muchos padres o madres pueden sentir que son llamados a una tarea de la que ellos no son merecedores. Y pues no hay un único modelo de familia, pues ni los miembros, ni los horarios, ni las necesidades, ni las aspiraciones son iguales, tampoco puede haber un solo modelo de familia lectora, de casas lectoras. Cuando se invite a las familias a convertirse en promotores de lectura hay que precisar claramente qué se quiere conseguir y cómo y cuándo, hay que actuar de un modo considerado y comprensivo, hay que saber adecuar lo deseable a lo posible.

Es legítimo aspirar a que los libros y la lectura estén presentes en la vida de las personas, sin que ello suponga una carga o un motivo de malestar. Leer debería ser algo tan corriente que ni siquiera se notara, de la misma manera que no consideramos algo raro el hecho de abrir una ventana o telefonar a un amigo. Son actos que hacemos espontáneamente, cuando lo necesitamos, no por obligación ni de modo continuo. A menudo, sin embargo, la lectura se percibe como un precepto y no como una opción. La voluntad de hacer de la casa un espacio de lectura, de ganar para la lectura un tiempo sin interferencias ni interrupciones, es una elección muy importante, pues altera en cierto modo el curso de los días, las relaciones familiares. Las familias deberían

“Una casa lectora es una casa donde el lenguaje de las narraciones, la imaginación, la poesía, las fantasías... forman parte de la vida cotidiana”

“Una casa lectora no debería limitarse a actividades privadas de lectura”

“La voluntad de hacer de la casa un espacio de lectura es una elección muy importante, porque altera en cierto modo las relaciones familiares”

tomar esa decisión con libertad y confianza, a partir de sus condiciones y sus posibilidades.

Uno de los errores habituales en los discursos a favor del compromiso de las familias en la promoción de la lectura es dar por sabidos conocimientos y actitudes que no siempre se tienen. A menudo se desconocen principios básicos, modos de actuar, libros que leer. No bastan por tanto los alegatos de costumbre, los vagos y altisonantes llamamientos. Es fundamental poner en juego información y formación. De ese modo se tendrá la seguridad de saber lo que se pide a las familias y lo que se espera que suceda. Ese proceso requiere ante todo crear conciencia de las capacidades que todos los adultos tienen para leer a los niños y con los niños. Lamentablemente, muchas madres y muchos padres no han tenido oportunidad de vivir esa experiencia y necesitan comprobar las gratificaciones que proporciona ese sencillo acto para darse cuenta de su importancia. Es preciso, pues, alentar con delicadeza esa actividad, darle sentido y celebrarlo en común. No es razonable invitar a las familias a un compromiso y luego dejarlas solas, como suele ocurrir. Hay que tener en cuenta que para dar ese paso muchas familias deben vencer resistencias y rutinas, antiguos temores. Muchas lo hacen de manera espontánea, sin necesidad de consejos o estímulos, pero a otras muchas les resulta arduo o poco atractivo. Hay que respaldar a los convencidos, pero más necesario aún es ayudar a los indecisos a entender y aceptar con gusto ese compromiso.

Las escuelas, las bibliotecas, las instituciones y fundaciones deben implicarse en esa tarea formativa, a sabiendas de que los rechazos o las indiferencias no desaparecerán del todo, de que no todas las familias responderán de la misma manera. Es preciso ofrecerles información sobre los libros, el valor de la literatura, los modos de leer álbumes ilustrados o textos sin imágenes, las maneras de provocar y mantener conversaciones no solo sobre los libros sino a partir de los libros, las posibles reacciones de niños y adolescentes ante las historias... De ese modo, la lectura compartida cumpliría de verdad su potencial educador, si evitamos dar a ese concepto las connotaciones meramente utilitarias de la pedagogía y lo entendemos como el acto de introducir paulatinamente a los niños en el mundo del lenguaje, el pensamiento, la sensibilidad, la atención, el conocimiento, la experiencia... En fin, la vida.

“Uno de los errores habituales en los discursos a favor del compromiso de las familias en la promoción de la lectura es dar por sabidos conocimientos y actitudes que no siempre se tienen”

“Hay que respaldar a los convencidos, pero más necesario aún es ayudar a los indecisos a entender y aceptar con gusto el compromiso con la lectura”

